



MANUEL ORZAS

Sus jaikus consiguen el milagro de emocionarnos con lo insignificante:

Arrecia el aire;
la plumilla en el muro
no se desprende.

Cuando descubrió su vocación, Orzas dejó de escribir poesía lírica y se dedicó en alma –y, sobre todo, en cuerpo- a recorrer el camino del jaiku.

Nunca ha dudado en lo que debe ser un jaiku (el aquí y el ahora, lo que sucede ahí afuera, siendo el autor un mero notario o un instrumento del mundo) y eso se nota en toda su producción:

En la pared,
entre reflejos de agua
unas hormigas.

Envases vacíos,
junto al invernadero
abandonado.

A menudo me acuerdo de él. Tanto por sus escritos como por su compañía afable, divertida. No se me va de la cabeza el día en que vino a Albacete el descendiente del samurái Hasekura, acompañado del jaiyín Takano y el periodista Fujiwara. Al acabar el curso de jaiku organizado por la UCLM nos fuimos a cenar. Llegó la hora de las copas y cubatas. En ese ambiente distendido (sospecho que quizá demasiado distendido para nuestros acompañantes japoneses) Orzas se puso a hablar con nuestros tres invitados durante un buen rato. Sobre jaiku, sobre España, sobre Japón, sobre todo. Los japoneses asentían sin entender nada. Y, cuando Manuel se ausentaba un momento para ir al baño, se miraban entre sí y sonreían con candor. Manuel, el hacedor de milagros, conseguía uno nuevo: utilizar palabras incomprensibles y conseguir que de ellas brotase algo cordial, entrañable.

Arrecia el viento,
y el chorrito del caño
flota en el aire.